

Crónica de cartujos

Escribe: ALBERTO MONTEZUMA HURTADO

Aquel que en versos melancólicos le decía al Señor “arrópame en tu alma como en una Cartuja”, estaba sin duda decidido al más absoluto renunciamiento, comparable tan solo al estado en que la conciencia se disuelve y que se llama la muerte. Porque si la entrada en Cartuja no equivale propiamente a nacer otra vez, puede en cambio asemejarse a huir sin recuerdos de la vida anterior, a correr sobre el pasado cortinas inexorables que no volverán a abrirse jamás, como si cubrieran una zona muerta o prohibida para siempre. En el mundo casi extasiado de la Cartuja no tienen lugar ni esperanza las creaciones ambiciosas, los sentimientos comunes, los artificios de los hombres; es el suyo el mundo soberano de la sencillez, de la obediencia y de la soledad, y en él nada cabe, fuera de las hondas relaciones místicas que el espíritu de los monjes es capaz de anudar con Dios.

También debía conocer a fondo la vida de los cartujos, quien analizando las grandes órdenes religiosas y midiendo la jerarquía luminosa de la contemplación, ubicó en el nivel terrestre a los benedictinos; en sitio más alto colocó a La Trapa y, por encima de todos, como una altísima cumbre blanca y resplandeciente, a la Cartuja. Tal vez quiso decir que los cartujos están mucho más cerca del cielo que de la tierra, que su desprendimiento de las cosas del mundo es una especie de cercanía a las puertas de una vida superior, donde nada existe distinto de las armonías e irradiaciones de la divinidad.

Todavía cuando se habla de la Vieja Guardia, entran en la imaginación figuras de hombres curtidos y estoicos, duros de pelar, indiferentes al peligro, helados ante la muerte, a quienes corresponden todas las experiencias, los méritos y los grados superiores a la veteranía. Y cuando se habla de la Cartuja,

toda cabeza, a medias informada, supone las más grandes alturas de la vida monástica, la suma de las elevaciones espirituales, un total desapego del mundo, una permanente abominación de la molicie humana. Lo que es así en realidad, sin extremo ni absurdo, sin la severidad un poco hilarante de la regla de *San Fructuoso*, florecida por allá en las nebulosidades del siglo VII, y que además de penitencias, oficios y ayunos, ordenaba, por ejemplo, “que nadie se saque una espina sin la bendición del anciano; que nadie se corte las uñas sin permiso, ni se atreva a descargar el haz de leña que trae a la espalda sin la venia del superior”. Los monjes de *San Fructuoso* entregaban sus almas al abad y le daban poderes absolutos para enseñar, corregir, mandar, castigar y excomulgar. “Si alguno de nosotros fuere murmurador”, le decían el día de su profesión, “si fuere contumaz o desobediente, podrás reunirnos a todos y probando la culpa, azotar al culpable o excomulgarlo. Si alguno conjurare contra la Regla o contra ti, te damos autoridad para arrojarlo descalzo y desceñido, cubierto solamente de un saco, en una cárcel oscura, donde estará seis meses a régimen de pan y agua. Y si no quiere someterse a esta penitencia, extendido en el suelo y completamente desnudo recibirá setenta y dos azotes, y sin el hábito monástico, será despedido del Monasterio, con su traje seglar hecho jirones para mayor confusión”.

Discreta y austera es la regla de los cartujos, pero tampoco llega hasta las lindes de la histeria, como la que impuso a sus discípulos el gran San Columbano, un irlandés de armas tomar que, por el año 590, tuvo seiscientos monjes en el monasterio de Luxeuil. Allí, el recluso que olvidaba hacer la señal de la cruz en el cubierto, antes de comer, era castigado con seis azotes, recibiendo la misma pena el que hablaba o reía en el refectorio; cincuenta azotes le correspondían al que hablaba irrespetuosamente al superior o faltaba en palabras a los hermanos. Diversos castigos estaban previstos para el sacerdote que no se limpiara las uñas antes de decir misa, lo mismo para el diácono que no ejerciera sus funciones con la barba despeinada. El monje no hace en Luxeuil lo que le place; solo come lo que se le manda; no tiene nunca sino lo que se le da; obedece siempre a quien le desagrada. Cuando cae la tarde y cuando haya trabajado todo el día, el monje será digno de tomar un panecillo cocido entre la ceniza, un puñado de harina húmeda,

un vaso de cerveza y una escudilla de habas y “aunque las buenas truchas se le vengán a las manos, nunca podrá comerlas”.

Y a pesar de que en su humilde mesa, el uso de la carne está prohibido a todos los cartujos y para siempre —*Carnis in aeternum cuncti prohibentur ab esu*—, no planea sobre ella el miedo a Satanás que planeaba sobre la mesa de los monjes de Claraval, los cuales florecieron en el año 1116, y que en toda cosa comestible creían advertir, si no la presencia, por lo menos algunas de las perniciosas maniobras del Maligno, aun en el pan que solían amasar con tierra y polvo del convento y en las hierbas y legumbres insípidas que cultivaban en el huerto. En tal forma perdieron el gusto algunos de ellos, que lo amargo les parecía dulce, agua el aceite, mantequilla el cebo, y a otros la leche les producía dolor de cabeza, el queso pesadez en el estómago, la col y otras legumbres les ponían el humor melancólico. Y en cuanto a delicadas combinaciones gastronómicas, a finos aliños, a salsas deleitosas, ¿qué podían saber los pobres monjes ingenuos fuera de que su sabor y atractivo eran manifestaciones de la diabólica perversidad? Según observó un viajero, en el monasterio cisterciense de Claraval no existían sino dos salsas usuales, de incomparable exquisitez: el hambre y el amor de Dios.

San Bruno, fundador de la Cartuja, perteneció a una de las más antiguas e ilustres familias de Colonia; fue el benjamín de los canónigos de la iglesia de San Cuniberto y abandonó el mundo y sus pompas al comprender que se hallaba en peligro de ascender a la dignidad arzobispal de Reims. La arquidiócesis necesitaba un religioso que con sus virtudes borrara el recuerdo del simoníaco Manasés. Nada extravagante tuvieron entonces las actitudes de Bruno, y si huyó de los honores de la jerarquía, lo hizo en condiciones distintas, por ejemplo, de las del conde Wandregisilo, fundador del monasterio normando de La Fontanelle, que se separó de su novia la misma noche de bodas y se retiró a lugar desierto e inhospitalario para llevar vida de anacoreta.

Bruno huyó por humildad y con seis amigos suyos, tan devotos como él, tomó el camino del Delfinado, terminando por echarse a los pies de Hugo, obispo de Grenoble, a quien confió sus secretos propósitos. “Si buscáis un sitio inaccesible a los hombres”, les dijo el obispo, “no hallaréis otro que menos haya

pisado planta humana, que el desierto de la Cartuja; pero advertid que es una silenciosa soledad, cuya vista sola estremece y horroriza; es un conjunto de peñas escarpadas, cuyas puntas suben hasta esconderse en las nubes; cúbrenle todo el invierno las nieves y oscurécenle las nieblas, siendo el frío por una parte insufrible y por otra interminable". Nada mejor buscaban los siete extraños caminantes que pronto construyeron celdas enclenques, a manera de alas de una capilla llamada desde entonces Santa María de las Chozas.

Y así nació la Orden de los Cartujos, pobrementemente, en terrenos inhóspitos, con la sola ayuda del amor divino y con la fuerza de una irresistible inclinación a la soledad. Nada tuvieron Bruno y los seis luceros del firmamento religioso con quienes fundó su bienaventurada comunidad, que fuera comparable a los bienes de que gozaron, por ejemplo, los monjes de la Abadía de San Salvador de Lorenzana, para quienes un señor feudal español, don *Osorio de Gutiérrez*, levantó monasterio con dotación casi fantástica a la cual pertenecían "treinta y ocho camas con sus tapices, colchas, edredones, vulturinos, almohadas, colchones, cobertores predosos; sesenta y cuatro pares de manteles y lienzo alemaniscos para el servicio de la mesa; ciento veinte pares de listones otogeros, vasos de plata, catorce cucharas, seis candelabros; entre machos y caballos, diez; ochenta yeguas con dos caballos; ciento cincuenta vacas, con tres toros, divididos en dos manadas; mil ovejas en tres rebaños, varias piaras que hacen un total de quinientos cerdos y trescientos ánsares. Además, ciento cincuenta yuntas de bueyes en sus majadas, todo para el servicio de Dios y uso de los monjes". Para el ornato de la iglesia don Osorio concedió "cuatro campanas mayores, otras cuatro menores, tres arquetas, cuatro cálices y patenas, tres coronas, tres turíbulos de bronce; veinticinco vestiduras sacerdotales, ocho hábitos para conversos, diez tapices, nueve sábanas, treinta integriyas, un antifonario, un oracional, dos volúmenes de los misterios, un comicus, un himnario, un sermonario, un pasionario, varios salterios, siete rituales, un eucologio, un libro de horas y otro de letanías".

Poco menos de novecientos años tiene, pues, la Orden de los Solitarios que, según el padre *Croiset*, cuya obra de santoral corrigiera don *Buenaventura de Cubo*, benedictino, doctor en filosofía y matemáticas, ha sido "seminario de santos; ja-

más ha sufrido la más mínima relajación; tiene cuantos predestinados cuantos son sus integrantes; y une y junta dentro de su seno toda la perfección evangélica y por el ejercicio de todas las virtudes ella sola es el elogio más grande de la religión de Jesucristo”.

Desde la Cartuja de Grenoble y la de Santa María de la Torre, también fundada por San Bruno, se inició un intenso florecer de cartujas a lo largo y ancho del viejo mundo y naturalmente todas sufrieron las consecuencias de guerras, cismas y revoluciones, o gozaron de la paz general cuando la hubo y de la simpatía de los grandes señores y de la protección de los grandes religiosos, cuando ambas cosas tuvieron validez. Contra la Gran Cartuja conspiraron las avalanchas invernales, cubriendo de nieves las cruces y las aristas de sus edificios, y las rugientes llamas de los incendios que en diversas ocasiones redujeron a pavesas la totalidad del monasterio. Pero entre semejantes desastres, quizá no hubo otro tan cruel, tan premeditado, tan absoluto, como el que realizaron en 1562 el barón Des Andrets y sus conmlitones hugonotes, quienes después de pillar todos los objetos de valor y de reducir a cenizas los libros más raros, los más preciosos manuscritos y archivos, prendieron fuego a las construcciones, atizándolo aquí y allá para impedir su agotamiento, hasta que las llamas no dejaron más que paredes solitarias y ennegrecidas, y todavía firmes sobre sus cimientos como si hubiesen sido formas de alguna inmensa tristeza vertical.

La revolución pasó como un vendaval sobre la Grande y las pequeñas cartujas de Francia, antes de que, en cumplimiento del decreto del 16 de agosto de 1792, procedente de la Asamblea Nacional, fueran disueltas las comunidades religiosas. Después de maitines y de la misa del 14 de octubre, los cartujos cantaron el oficio del domingo decimonono, desde la Trinidad, y con las últimas palabras dichas en común: “Dios mío, Vos me habéis mandado cumplir vuestros mandatos; ojalá el camino que voy a tomar me conduzca al perfecto cumplimiento de Vuestra Santa Voluntad”, los cenobitas se despidieron para dispersarse por las múltiples rutas de su destino. Treinta y ocho religiosos partieron, unos hacia la Trapa, otros hacia el exilio, muchos hacia el escondite de los bosques de Francia y no pocos hacia la prisión y el patíbulo, como Dom *Marcel Liottier* y Dom *Esteban Ballet*, guillotizados en Lyon. Poco a poco, de su mo-

nasterio abandonado desaparecieron las campanas, las cruces del cementerio, más de cien cuadros sagrados que pasaron al museo de Grenoble, el gran altar, los escaños, los mil elementos del culto y de la vida ordinaria de la ermita.

Pero como si la Orden tuviera ya pleno derecho a la perpetuidad, volvió un día a sus lares antiguos, a su amado desierto, y ya pudo morir tranquilo su prior de entonces, Dom *Moissonier*, once días después de su regreso a la Gran Cartuja. A ella volvieron achacosos y desmedrados muchos de los monjes que en 1792 se hallaban en plena juventud, como Dom Gabriel Théry, que volvió a pie, con lentitud de inválido, apoyándose en el bordón clásico de los peregrinos y arrastrando su ancianidad, la espalda curvada y la nutrida barba totalmente blanca. “Ya no podréis vivir en la Cartuja”, le dijo el párroco de Saint-Laurent-du-Pont, “pero sí podré morir”, contestó el cenobita marcando su decrepito andar con el ruido también monótono de sus viejas sandalias.

En 1903, el ministerio Combes expulsó nuevamente a los cartujos; fue necesario todo un regimiento, el 140 de línea, de casaca azul y pantalones rojos, para evitar que la comarca se opusiera al éxodo de los monjes. En el convento italiano de Farneta encontraron refugio los exiliados de Francia y allí reunieron, en 1905, su Capítulo General, estableciéndose definitivamente en su nuevo monasterio hasta 1940, cuando el alcalde de Saint Pierre de Chartreuse, alojó en el convento abandonado un grupo de caminantes que venían de Italia, en el que se hallaban Don Ferdinand y Dom Michel, cartujos de 1903, que así recuperaron su santo domicilio a los treinta y siete años de destierro.

Y allí está hoy, en toda su intensa vida silenciosa, la Gran Cartuja, extendida sobre cinco hectáreas de terreno, a 970 metros sobre el nivel del mar, con sus construcciones exteriores, extrañas a la vida conventual, y los edificios cenobíticos y anacoréticos de la vida solitaria. De los últimos no es posible hacer cita formal sin el gran claustro que recibe luz gracias a ciento trece ventanas, mide doscientos quince metros de longitud y está rodeado por treinta y seis celdas señaladas con una letra del alfabeto, según la vieja costumbre de los monasterios de Tebaida. La celda está compuesta de dos piezas que sirven de estudio y dormitorio, o *cubiculum*, y que son el verdadero mundo del cartujo; allí vive, allí reza, allí medita y allí muere. Casi

todos escogen una frase sagrada o un verso o un pensamiento, como una especie de *leitmotiv* para su vivienda; vale la pena mencionar los versos de Tíbulo que adornaban hace muchísimos años la celda de un recluso de la Cartuja: *Tu mihi curarum requies - Tu nocta vel otra lumen - Et in solis tu mihi turba locis*, que en castellano dicen: "Tú eres la paz en la zozobra, la luz en la noche más oscura, la compañía en la soledad". Frente a su celda cada cartujo cultiva un jardincillo de dieciséis metros cuadrados, que bien puede sembrar de hortalizas o de flores. El jardín es su vínculo estrecho con la naturaleza, y al mismo tiempo una especie de prueba de su amistad no renegada con la vida espontánea de los colores y de los perfumes, esto es, con parte del mundo exterior en el cual más se aprecia la mano de Dios que el arte de los hombres.

Nadie entra en la Cartuja por súbita voluntad. Hay vocaciones que provienen de Dios y otras que nacen en la imaginación, y para ser cartujo no es precisamente necesario sufrir fastidio profundo por la vida y sus pasiones y tener el ánimo tan bajo y despedazado como don *Juan de Covadonga*. Para ser cartujo hay que escuchar la llamada del Señor, que se oye mejor donde no hay impurezas ni manías ni mundanidad, es decir, en un espíritu sin rincones ni sombras, en una suerte de llanura abierta ante el cielo como ante el amor un corazón incontaminado.

Una vez examinadas sus cualidades, el aspirante entra al claustro, donde el maestro de novicios le lava los pies y le entrega un hábito negro con el cual debe asistir a todas las ceremonias y oficios de la Orden, para aprender desde el primer momento la forma de su nueva vida y la implacable hondura de su renunciación. Un mes más tarde, puede el postulante tomar hábito ante toda la comunidad, con la cabeza rapada, y siempre que en un acto de carácter esencialmente democrático, los cartujos anteriores se hayan pronunciado por medio de voto secreto en favor de su admisión formal como novicio. Al año puede el aspirante prosternarse ante la comunidad en pleno y suplicar que se le acepte definitivamente en la Orden. Los monjes deliberan y si la decisión es favorable, el novicio cumplirá con diversas diligencias reglamentarias, preparándose luego durante cuatro años para la ceremonia solemne de la profesión, que corta para siempre los lazos que el nuevo cartujo hubiera podido conservar con su antigua existencia.

El traje de cartujo está hecho en lana blanca, pero los hermanos visten hábito oscuro y son, en la mayoría de los casos, personas de elevada estirpe mental y de familia, que se someten a la humildad, siguiendo, aunque lo ignoren, el ejemplo de *Odilon de Chateauneuf*, quien, con el consentimiento de su esposa, entró como simple hermano lego al servicio de la Gran Cartuja, y el de *Guillermo de Nevers*, señor de Francia, que a ser consejero del Regente y a cubrirse con los honores que para él dispuso el rey Luis VII, prefirió entrar en Cartuja como un hermano anónimo, cambiando el palacio por la choza, la seda por la burda lana, el orgullo por la obediencia, la corte por la soledad.

La diaria jornada de los cartujos comienza a la hora de prima, esto es, las seis de la mañana, con la misa y otros ejercicios espirituales. De las diez hasta vísperas, es decir, las tres de la tarde, exceptuando el tiempo indispensable para almorzar, el monje se ocupa en trabajos manuales “necesarios para la salud o simplemente útiles, pero siempre en relación con la vida religiosa”. En tal sentido y refiriéndose a los días de fiesta, así se expresa el *Ordinarium Cartusiense*: “Divertiréis vuestro espíritu con alguna obra manual y no servil, como la compostura o limpieza de una imagen o cosa semejante que un solitario pueda realizar virtuosamente en esos días como descanso de su espíritu”. Por trabajo también se entiende el de índole intelectual que debe tener por objeto la Sagrada Escritura, la teología, la mística, el ascetismo; pero nunca los temas profanos, sin utilidad ninguna para la vida contemplativa. Ni siquiera el estudio del griego y del hebreo les está permitido a los cartujos, por ser actividades que solo corresponden a una estéril y hasta sospechosa curiosidad. “Gracias, Dios mío”, exclamó *Dionisio el Cartujo*, poco antes de morir, “por haberme inclinado durante cuarenta y seis años al estudio exclusivo de la ciencia religiosa, hondamente saludable para el alma. Semejante estudio domaba la sensualidad y se imponía sobre el desorden de los deseos; por otra parte, contribuyó a que mi celda acendrará su acogedor atractivo”.

Los monjes acuden al coro para salmodiar vísperas y también los maitines de los muertos, y vueltos a las celdas después de las cuatro, toman allí su refrigerio, a menos que sea día de ayuno. Y muchos son los de este carácter en el curso del año, puesto que el gran ayuno monástico comienza el 14 de septiem-

bre y continúa sin interrupción hasta la Pascua; en ese largo período los monjes solo hacen una comida al día, si bien a todo aquel que lo desee le es permitido tomar por la tarde un vaso de vino y un pedazo de pan de tres o cuatro onzas. Ya sabemos que los cartujos no comen carne jamás y en el propio Plutarco se encuentra una alabanza negativa de tal costumbre: “comer carne no solamente va contra la naturaleza del cuerpo, sino que por saciedad y ahitamiento abulta y espesa el alma”.

De los ejercicios piadosos previstos por la regla, el más emocionante es sin duda, el oficio nocturno que más o menos dura de las once y media de la noche a las dos de la mañana. Tal es la modulación litúrgica de su voz, que los cartujos ni lo cantan ni lo rezan; pudiera decirse que lo lloran y que en esa forma las plegarias adquieren más valor y profundidad, al producirse en un marco de lágrimas. ¡Qué sentido extraordinario no tendrán esas oraciones dichas colectivamente en medio del silencio y la oscuridad de la noche, cuando el mundo olvida a Dios y cuando hay millares de seres que lo ofenden! Como un poderoso vaho de la tierra, como un blanco incienso quemado en los corazones, así asciende hasta los pies del Señor, el gran homenaje nocturno de los cartujos, para equilibrar la balanza de la divina justicia, restando tamaño y gravedad a los pecados de los hombres.

La soledad es, en fin de cuentas, el fundamento mismo de la vida de la Cartuja. Quizá no hay hombre que no haya sentido alguna vez un deseo irresistible de soledad momentánea o relativamente perdurable, que le permitiera hallarse sin más compañía que su conciencia o su fervor íntimo y acaso descansar, descansar de la presencia ajena, de la agitación, del compromiso y también de la ternura. Para el monje, la soledad es un medio de acercarse a Dios; “más y más el alma se aleja de los afectos mundanos y de su complejidad, más y más se apresta al conocimiento de Dios”, decía *Dionisio el Cartujo*; “mayor es su disposición para el éxtasis, más sensible su capacidad receptiva para las divinas irradiaciones. El cartujo es solitario porque Dios también es solitario, en su naturaleza, en sus manifestaciones, en su soberana dominación, es único, no puede cambiar, es inmutable, es infinitamente solo, es solo en su propia eternidad. Y así, la soledad del cartujo con sus humanas limitaciones, es de alguna manera el reflejo terrestre y humilde de la iluminada soledad de Dios”. La soledad es una suerte de

escala para la contemplación y la contemplación consiste en pensar en Dios, en admirar sus perfecciones, en cantar sus elogios, en rodearlo de amor, de ideales y de esperanza, y todo esto puede ser obra de gente común, faena ordinaria confiada al ánimo pequeño, ocupación de corazones mínimos; aquel proceso de sucesivos deslumbramientos no puede ser más que obra de bienaventurados, trabajo de elegidos y de cartujos.

Y así son, pues, los reclusos de la Gran Cartuja, verdaderos hombres de soledad, y así es su alma, límpida cisterna de contemplación. "Todo en ellos es misterio", dijo un biógrafo suyo, "su silencio, sus ayunos, la caridad de su corazón, el calor de sus oraciones. Toda su vida está en el espíritu. Son hombres escogidos por Dios para vivir dentro de un cuerpo mortal como si fueran puros espíritus inmortales. No existe la noche para ellos, porque precisamente en medio de las tinieblas de la tierra cumplen con su función de hijos de la luz. Sus hábitos tienen el mismo color de las vestiduras de los ángeles; su modestia y su inocencia copian la simplicidad y la rectitud de los bienaventurados. Su domicilio en las montañas de la Gran Cartuja no está hecho para el común de los hombres; pero una vez que se entra en aquel paraíso, no queda otro camino que el de la santidad".

En la aldea de Voiron, a veinte kilómetros del monasterio, viven un monje cartujo y dos hermanos ocupados permanentemente en una tarea que nada tiene de monacal, la fabricación del licor de *Chartreuse*, conocido y apreciado en todas las ciudades y vericuetos del mundo. Según parece, fue el mariscal d'Estrées quien obsequió la fórmula a los cartujos de París en el año de 1605. Un solo monje conoce las ciento treinta plantas que la componen, lo mismo que su cantidad, el punto de las maceraciones, la decantación y demás exigencias de la receta. La Cartuja de Tarragona fabricó el *Chartreuse* durante la revolución francesa; en 1816 la delicada industria volvió a centralizarse en la Cartuja de Grenoble, y allí funciona hoy, con una producción de un millón de botellas por año, cuyo valor atiende las necesidades de toda la Orden en el viejo continente.

Un detalle más, antes de cerrar esta crónica de cartujos, por los cuales siente el autor una silenciosa e indeclinable admiración: las mujeres no son admitidas en el monasterio, pero, a diferencia de los frailes del Monte Athos, los primeros cartujos criaron ovejas y nunca advirtieron en ellas ni en otras

hembras los cuernos u otros indicios de Satanás. Fueron en tal sentido más liberales que los ortodoxos de la famosa península, y aunque no se sepa con claridad lo que sobre la mujer opinaba San Bruno, se puede pensar que no ignoraba lo que sobre ella dijeron diversos padres de la Iglesia. “Nido de espíritus inmundos”, dijo *San Pablo*. “Fuente del demonio” dictaminó *San Jerónimo*. “Organo del diablo” diagnosticó *San Eusebio*. “Cabeza del crimen” decidió *San Antonio*. “Savia del pecado” aseguró *San Agustín*. “Ser fracasado y accidental” la llamó *Santo Tomás de Aquino*.

Una simple cruz de madera, que no tiene inscripción alguna, señala la tumba de los monjes en el cementerio de la Gran Cartuja; los priores tienen derecho a una cruz de piedra, como marca del respeto que merecen su jerarquía y su memoria. La más extrema sencillez reina en aquella morada de los muertos; una cruz más alta la domina y sobre todas las cruces cae la nieve en el invierno con suave silencio, como para no incomodar la rigidez final de los monjes difuntos, o sopla entre ellas la ventisca con el mismo rumor de una oración llorosa y precipitada. Algunas plantas menores crecen en la primavera al pie de las cruces, como una tímida ofrenda de la tierra a los cartujos que en ella duermen y que después de haber gustado en su celda del monasterio la soledad de la vida, encontraron en la apretada sepultura la quieta soledad de la muerte.